

La esperanza de Europa

VACLAV HAVEL

I

Hace poco, cuando estaba averiguando de dónde venía el nombre de Europa, me sorprendió descubrir que para muchos sus primeras raíces estaban en la palabra acadia erebu, que significa crepúsculo o puesta del sol. Por otra parte, se cree que Asia derivó su nombre del acadio asu, que significa salida del sol.

A primera vista, este descubrimiento no parece de muy buen agüero. La palabra crepúsculo ha estado tradicionalmente asociada en nuestra mente con nociones de fin, extinción, derrota, ruina o muerte próxima. En ciertos aspectos, esta conexión convencional tiene sentido: el crepúsculo es en realidad el fin de algo. Como mínimo, el fin de un día y del ajetreo y el bullicio que lo llenan. Pero no significa derrota, fatalidad ni el fin de los tiempos. Ni mucho menos: es simplemente un signo de puntuación en el ciclo eterno de la naturaleza y la vida, en el que algo termina para que pueda empezar otra cosa.

Para la gente esto puede significar que el tiempo de trabajo, que es en gran parte físico y está dirigido al mundo de nuestro alrededor, ha llegado a su fin para dar paso a un tiempo de contemplación tranquila, de reflexión, evaluación e introspección, es decir, de un esfuerzo dirigido hacia dentro. Desde tiempo inmemorial, la gente dedica la tarde a reflexionar sobre lo que ha hecho durante el día. Hace una pausa para ver las cosas en perspectiva, para acumular fuerzas y resolución para el día siguiente. En términos algo simplificados, se podría decir que el amanecer y la luz del día son tiempo de participación, mientras que el ocaso es tiempo para la mente.

Las asociaciones algo melancólicas que tendemos a adjudicar a la palabra crepúsculo tal vez sean la consecuencia típica del culto moderno a los comienzos, las aperturas, los progresos, los descubrimientos, el crecimiento y la prosperidad; y de un culto a la laboriosidad, a la actividad externa, a la expansión y a la energía, es decir, a la fe ciega en los índices cuantitativos que caracterizan a la modernidad. En nuestros días, el amanecer, la aurora, la salida del sol, "la mañana de las naciones", y palabras, frases o metáforas similares, son populares, mientras nociones como puesta del sol, quietud o anochecer conllevan sólo, injustamente, connotaciones de estancamiento, decadencia, desintegración o vacío.

Somos injustos con el crepúsculo. Somos injustos con el fenómeno que tal vez haya dado su nombre a Europa.

Es cierto que una etapa particular de la historia de Europa parece estar llegando a su fin. La amalgama extraordinaria y afortunada de antigüedad clásica, religiosidad judía y

cristianismo, combinada con la energía nueva de las llamadas tribus bárbaras, llevó eventualmente a Europa a un progreso sin precedentes, a la larga aportó a la humanidad incontables dones, y dejó su sello en toda la civilización planetaria de nuestro tiempo. Parece que Europa introdujo en la vida humana las categorías de tiempo e historicidad, descubrió la idea de desarrollo y, en definitiva, también de lo que llamamos progreso.

Toda la historia europea de hace siglos parece no haber sido más que un solo día lleno de actividad enérgica, un magnífico esfuerzo humano, grandes descubrimientos de la mente humana, la liberación de enormes energías y el ethos de la expansión que todo esto conlleva. Desde los secretos del Ser y de la salvación hasta los secretos de la materia, desde el descubrimiento de tesoros ocultos en continentes lejanos hasta logros políticos como el reconocimiento de la dignidad humana y la libertad, el imperio de la ley y la idea de la igualdad ante la ley, todos son descubrimientos europeos extraordinarios que Europa después difundió, muchas veces para beneficio del mundo en su totalidad, muchas veces también en su detrimento.

La historia de Europa no sólo ha sido la historia de la difusión de los ideales de salvación, libertad, progreso y humanidad: también ha significado la eliminación brutal de otras culturas. Ha significado conquista, saqueo, colonización y algunas exportaciones sumamente dudosas, de las que mencionaré sólo una, en extremo peligrosa, cuyos efectos he experimentado personalmente: la ideología comunista. Y si el mundo debe en parte cosas beneficiosas y útiles como la democracia y la idea de los derechos humanos o la invención de la televisión y de la computadora al espíritu europeo de progreso y búsqueda interminable, también tiene que agradecer a ese mismo espíritu europeo muchas de sus enormes desigualdades sociales, el trato arrogante y antropocéntrico del planeta, el culto al consumismo, así como las enormes reservas de armas increíblemente destructivas que suelen acabar en manos de regímenes muy sospechosos. Este expansionismo europeo de doble filo alcanzó su triste clímax en dos guerras a las que nuestro continente arrastró a todo el mundo.

Los diversos beneficios que derivan de la noción europea de progreso hace mucho que han sido adoptados también por otras partes del mundo. Muchos los han abrazado tan por completo que ahora superan a Europa precisamente en zonas en las que otrora Europa reivindicaba un predominio duradero. Europa ha dejado de ser el centro del poder colonial o la torre de control del mundo y ya no decide el destino de éste.

Ha llegado la hora de hacer una pausa y reflexionar sobre nosotros mismos. Creo que estamos enfrentando un gran reto histórico, el de por fin captar y poner en práctica lo que implica la palabra crepúsculo. Deberíamos dejar de pensar en la condición actual de Europa como el ocaso de su energía y reconocerla en cambio como un tiempo de contemplación, cuando el trabajo del día cesa por un rato y, a medida que el sol se pone, se instaura el imperio del pensamiento. Esto no significa que tengamos que enemistarnos con nosotros mismos y con el mundo en que vivimos. Significa simplemente mirar tranquilamente hacia atrás, lo que hemos logrado, valorar el significado y las consecuencias de nuestros esfuerzos y hacer unos cuantos propósitos para el día siguiente.

Creo que en ningún momento de la historia moderna ha tenido Europa una oportunidad mejor para hacerlo que ahora, y sería un grave error de nuestra parte no aprovecharla. Con permiso de ustedes, voy a tratar de esbozar unos cuantos ternas que deberíamos pensar seriamente si queremos hacer el mejor uso de ese tiempo de meditación vespertina, que no debería ser ocasión de sopor y agotamiento después del trabajo, o de nostalgia por los logros de hace tiempo, sino más bien un lapso en el que articular la misión de Europa en el siglo XXI.

El término Europa posee esencialmente tres significados. El primero es puramente geográfico y está determinado por las líneas del mapa que cuelga de la pared en todas las aulas de primaria y que está en todos los atlas.

El segundo significado del término Europa alude a aquellos países europeos que se ahorraron la experiencia del comunismo y que hoy son, en su mayoría, miembros de la Unión Europea. Abarca, pues, la parte de Europa que en las últimas décadas ha sido capaz de cultivar un sistema político democrático y una sociedad civil relativamente estable en lo político, que goza de prosperidad económica, y que paso a paso ha ido integrándose en una liga política y económica amplia y singular. No cabe duda de que esa Europa es atractiva para todos los demás y no es casual que la frase "Retorno a Europa" se reitere, muchas veces hasta el hastío, en muchos países que no pertenecen a este grupo. La frase significa esencialmente la admisión al club de aquellas naciones históricamente afortunadas que quedaron del otro lado del telón de acero.

No obstante, en este sentido de la palabra, Europa –seamos francos–muestra relativamente muy poco interés por el reto que acabo de mencionar, o sea, el reto de elevarse por encima de sus esfuerzos cotidianos y emprender un profundo examen de su papel en nuestra civilización. Forzando un poco el tema, se podría decir que esa Europa está mucho más preocupada por las transferencias de pagos de Bruselas o por la exportación de carne procedente de las "vacas locas". A pesar de todas las bellas palabras que nos brinda de vez en cuando, es aún una Europa bastante centrada en sí misma, más preocupada por sus intereses económicos inmediatos que por reflexiones filosóficas globales.

Pero hay también un tercer significado de la palabra Europa. Esa Europa representa un destino común, una historia común compleja, valores comunes y una cultura y un estilo de vida comunes. Más aún, también es, en cierto sentido, una región caracterizada por formas particulares de conducta, una capacidad particular de voluntad, un sentido particular de la responsabilidad. En consecuencia, las fronteras de esa Europa a veces parecen confusas o variables: no se pueden definir mirando un atlas escolar ni estudiando una lista de Estados miembros de la Unión Europea o de países que se podrían unir a ella si lo desearan, como Noruega, Suiza o Islandia. Por eso, cualquier discusión sobre esa tercera Europa es más difícil y menos frecuente. Aun así, es precisamente el punto en que deberían empezar todos los debates sobre Europa y su futuro.

En otras palabras, en mi opinión, el punto de partida de todas nuestras meditaciones sobre el crepúsculo debería ser una discusión sobre Europa como lugar de valores compartidos, sobre la identidad espiritual e intelectual europea o –si se quiere– sobre el alma europea:

sobre lo que Europa fue alguna vez y en lo que creyó, lo que es y en lo que cree hoy, lo que debería ser o podría ser, y sobre qué papel podría desempeñar en el futuro.

No se preocupen: no voy a intentar responder a esas preguntas ahora.

Otros están mejor capacitados para hacerlo y ya se han escrito innumerables libros sobre el tema. Mencionaré simplemente unos cuantos aspectos de Europa que creo que merecen nuestra atención en este momento.

El primero de estos aspectos es que Europa, en el tercer significado del término, siempre ha sido, y aún lo es, una sola entidad política indivisible, por muy grande que sea su diversidad e intrincada su estructura. No se trata solamente de una consecuencia de la geografía, es decir, de que muchos pueblos vagamente relacionados están concentrados en una península relativamente pequeña y sus inmediaciones. Lo más importante es que milenios de historia común y compartida por sus pueblos, que muchas veces vivían en imperios multinacionales constituidos de manera diferente, configuraron a Europa convirtiéndola en una sola unidad o esfera intelectual de civilización, entretejida con tantas conexiones políticas que cortar cualquiera de ellas podría provocar en ciertos casos su desintegración total.

No obstante, este hecho aparentemente banal tiene importantes consecuencias políticas. Significa que a menos que el futuro orden de Europa se base en una clara conciencia de esta interconexión, no aportará en definitiva ningún beneficio a nadie. Simplemente no podemos imaginar una Europa que siga dividida, esta vez no por el telón de acero, sino económicamente, en una parte próspera y cada vez más unida, y otra parte menos estable, menos próspera y desunida. Así como es imposible que la mitad de una habitación esté siempre caliente mientras la otra mitad siga fría, igualmente impensable es que dos Europas diferentes puedan vivir para siempre una junto a otra sin detrimento de ambas. Y la parte más estable y próspera sería la que pagaría el precio más alto.

De modo que no es cierto que la parte unida de Europa sufriría si se expandiera. Al contrario, a largo plazo, sufriría sólo si no lograra expandirse. En realidad, Europa, como un fenómeno de civilización, tiene ahora una oportunidad sin precedentes en la historia: puede rehacerse según principios de acuerdo entre todos los interesados, los principios de igualdad y de cooperación pacífica y democrática. Si desaprovecha esa oportunidad en nombre de intereses a corto plazo, particulares, o hasta exclusivamente económicos, tendrá que pagar por ello. Abriría la puerta de par en par a todos aquellos que prefieren la confrontación al diálogo, que se definen a sí mismos en oposición a otros en vez de como vecinos. No es bueno pretender que ya no existen personas de este tipo. Para decirlo de otra manera: si los demócratas no empiezan pronto a reconstruir Europa como una sola entidad política, otros empezarán a estructurarla a su propia manera, y a los demócratas no les quedarán más que sus propias lágrimas. Los demonios que han atormentado tan fatalmente la historia de Europa –de un modo catastrófico en el siglo XX– están sólo esperando su oportunidad. Sería un error trágico ignorarlos por preocupaciones técnicas como fondos de transferencia, cuotas o tarifas.

La Unión Europea es un intento sin precedentes de hacer de Europa una sola región que se mantenga unida por un sentimiento de solidaridad. Sé que ni la Unión Europea ni la Alianza del Atlántico Norte pueden abrir sus puertas de la noche a la mañana a todos aquellos que aspiran a unirse a ellas. Lo que ambas pueden hacer más decididamente –y deberían hacerlo antes de que sea demasiado tarde– es brindar a toda Europa, vista como una esfera de valores comunes, la seguridad de que no son clubes cerrados. Deberían formular una política clara y minuciosa de ampliación gradual que no sólo contenga un itinerario, sino que también explique la lógica de ese itinerario. Han pasado seis largos años desde que cayó el telón de acero y no tiene ningún sentido negar que –a pesar de algunos pasos prometedores a medias– poco es lo que se ha hecho en realidad para alcanzar esa unidad.

II

Vayamos ahora de esos aspectos bastante externos a los fundamentales.

Una de las grandes tradiciones europeas –una tradición que Europa fue olvidando cada vez más en la primera mitad del siglo XX– es la idea del ciudadano libre como fuente de todo poder. Después de la segunda guerra mundial, después de haber aprendido una lección de los horrores inflingidos por el nacionalismo fanático, la parte libre de Europa se volvió a consagrar a esa tradición y la convirtió en el fundamento de la reconciliación y la cooperación. Y aunque la integración europea empezó primordialmente como integración económica, a pesar de todo era obvio cuáles eran sus puntos de partida y sus objetivos políticos. La esperanza consistía en lograr un gran renacimiento del principio cívico como la única base posible para la cooperación verdaderamente pacífica entre las naciones. No se trataba de eliminar la identidad nacional ni la conciencia nacional, que es una de las dimensiones de la identidad humana, sino de liberar a los seres humanos de la servidumbre del colectivismo étnico, fuente de toda contienda y avasallador de la individualidad humana.

Por muy paradójico que suene, la unificación europea nunca ha significado la limitación de la libertad en el sentido de que un poder cada vez más alejado del ciudadano expropie derechos civiles particulares. Todo lo contrario, ha sido un proceso de intensificación de la libertad de las personas, no sólo liberándolas del temor a otros, sino también ofreciéndoles mayor espacio para que se realicen como ciudadanos. A mí me parece que sólo ahora, cuando la Unión Europea llega a una nueva ronda de conversaciones sobre su futuro (que entre otras cosas implica una discusión de su política común exterior y de seguridad), los europeos y los políticos europeos están empezando a reconocer esa dimensión profundamente política del proceso de unificación. Y me pregunto si algunos de ellos no están algo amilanados por la magnitud de la tarea que han emprendido, ahora que su profunda significación se está volviendo tan patente. Si existe, ese desaliento es mucho más peligroso ahora, justo cuando Europa tiene la oportunidad que acabo de mencionar: la de establecerse sobre principios democráticos como una entidad integral por primera vez en su historia.

¿Cómo podemos combatir ese descorazonamiento? ¿Dónde podemos encontrar el valor para buscar soluciones con una mentalidad amplia? ¿Cómo podemos ver más allá de nuestros intereses inmediatos y particulares y buscar un futuro mejor para todo el continente?

En mi opinión se necesita relativamente poco. Necesitamos sólo acordarnos del himno de la Unión Europea. ¿No ofrece la Oda a la alegría de Schiller una respuesta a esa pregunta cuando indica que la vida en el círculo sagrado de la libertad exige que seamos fieles y nos comprometamos con "el juez más allá de las estrellas"? ¿Qué más puede significar esto que la libertad y la responsabilidad son dos caras de la misma moneda y que la libertad sólo es concebible cuando se basa en un sentido de la responsabilidad ante una autoridad que nos trasciende?

El concepto de un sentido metafísico de la responsabilidad ha sido la piedra angular de los valores que cimentan la tradición europea. Y a mí me parece que el tiempo del crepúsculo, tomado como una oportunidad para la autorreflexión, es una invitación directa a que nos volvamos a consagrar a esa tradición europea y admitamos claramente que hay valores que trascienden nuestro interés inmediato, que no somos responsables únicamente ante nuestro partido, nuestro electorado, nuestra camarilla, o nuestro Estado, sino ante toda la humanidad, incluidos los que vienen después de nosotros, y que el valor último de nuestros actos se decidirá en algún lugar más allá del círculo de los mortales que nos rodean. En el lenguaje del mundo de hoy, esto significa nada más y nada menos que escuchar la voz que nos llama desde el fondo de nuestra conciencia.

En un estilo algo exaltado podríamos decir que la misión de Europa hoy es redescubrir su conciencia y su responsabilidad en el sentido más profundo. Esto significa no sólo la responsabilidad de su propia arquitectura política, sino también la del mundo en su conjunto.

Todos conocemos las amenazas que penden sobre el mundo hoy. Todos sabemos que los recursos del planeta son limitados y que tarde o temprano la idea de un crecimiento constante chocará con esas limitaciones. Todos sabemos del abismo cada vez más profundo entre la población pobre que crece rápidamente y la población estancada de los cada vez más ricos. Todos sabemos que estamos perjudicando a la naturaleza, el aire y las aguas que nos rodean. Todos sabemos qué conflictos yacen latentes en la humanidad, ahora que una sola civilización global está empujando a gentes de diferentes esferas de la cultura, acercándolas cada vez más unas a otras, incitándolas así inevitablemente a tomar la decisión de defender su identidad frente a esa presión hacia la uniformidad.

¿Pero qué estamos haciendo para prevenir esos peligros o para enfrentarlos? Me temo que muy poco. Nos retraemos adentro de nuestras conchas, afirmándonos que no es asunto nuestro, como si hubiéramos olvidado por completo al "juez más allá de las estrellas" que nos recuerda el himno europeo. Es como si mientras se habla constantemente de Europa se ignorara totalmente uno de los pilares de la tradición europea: el universalismo, el mandamiento de pensar en todos, de actuar como todos deberían actuar y de buscar soluciones universalmente aceptables.

La humanidad está entrando en una era de civilización multipolar y multicultural. Europa ya no es el director de la orquesta global, pero esto no significa que ya no tenga nada que

decir al mundo. Ahora la misión es otra y conlleva un nuevo significado para la existencia misma de Europa.

Esa misión ya no será la de difundir —con violencia o sin violencia— su propia religión, su propia civilización, sus propias intenciones, o su propio poder. Tampoco será predicar el imperio de la ley, la democracia, los derechos humanos o la justicia al resto del mundo.

Si Europa lo desea, puede hacer otra cosa, algo más modesto pero más beneficioso. Se puede convertir en un modelo de cómo pueblos diferentes pueden trabajar juntos en paz sin sacrificar nada de su identidad; puede demostrar que es posible tratar a nuestro planeta con consideración, teniendo en mente a las generaciones futuras; puede demostrar que es posible vivir juntos en paz con otras culturas, sin que la gente o los países tengan que negarse a sí mismos y su verdad en el proceso. Además, Europa tiene una posibilidad final si así lo desea: puede reivindicar sus mejores tradiciones espirituales e intelectuales, volver a las raíces de esas tradiciones y buscar lo que tienen en común con otras culturas y otras esferas de la civilización, para así unir fuerzas con ellas en una búsqueda del mínimo común necesario en el terreno moral que nos guíe a todos para poder vivir lado a lado en un solo planeta y confrontar conjuntamente todo lo que amenace nuestra vida juntos.

La misión de Europa ya no es, ni nunca volverá a serlo, gobernar el mundo, difundir por la fuerza sus propios conceptos de bienestar y de lo que es bueno, imponer su propia cultura al mundo ni enseñarle el rumbo adecuado. La única misión importante de la Europa del próximo siglo es ser lo mejor que pueda, es decir, revivificar sus mejores tradiciones espirituales e intelectuales y así contribuir a crear un nuevo patrón global de coexistencia. Haremos mucho por el mundo si simplemente hacemos lo que nos ordena nuestra conciencia, es decir, si actuamos como creemos que todos deberían actuar. Tal vez inspiremos a otros, tal vez no. Pero no debemos actuar con la expectativa de obtener ese resultado. Tal vez sea difícil dejar de creer en que no tiene sentido vivir de acuerdo con un imperativo superior si los demás no viven de acuerdo con él o no están dispuestos a hacerlo. Pero se puede. Y no es imposible que esto sea en realidad lo mejor que Europa puede hacer por sí misma, por la restauración de su identidad, por su propio y nuevo amanecer.

Europa sólo será capaz de llevar la cruz de este mundo y así seguir el ejemplo de Aquel en el que ha creído durante dos mil años, y en cuyo nombre ha cometido tantos males, si primero hace una pausa y reflexiona sobre sí misma, cuando —en el mejor sentido de la palabra— viva de acuerdo con el potencial inmanente en el crepúsculo, al que debe su nombre.

Traducción: *Este País*.

Traducción de la versión en inglés de Alexandra Brabcová y Paul Wilson, aparecida en *New York Review of Books* del discurso que Václav Havel pronunció el 15 de mayo de 1995 en Aachen.

Este texto se publica a sugerencia del profesor Víctor L. Urquidi de El Colegio de México.

Perfil de salud en México

INDICADORES

Perfil de salud en México

PRINCIPALES CAUSAS DE MORTALIDAD GENERAL EN 1995

Causas	Defunciones	Tasa ¹
1. Enfermedades del corazón	63,609	69.4
2. Tumores malignos	48,222	52.6
3. Accidentes	35,567	38.8
4. Diabetes mellitus	33,316	36.4
5. Enfermedad cerebrovascular	23,400	25.5
6. Cirrosis y otras del hígado	21,245	23.2
7. Enfermedades perinatales	20,503	22.4
8. Influenza y neumonías	19,717	21.5
9. Homicidios	15,616	17.0
10. Deficiencias de la nutrición	10,162	11.1
Todas las demás causas	138,921	151.6
Total	430,278	469.7

¹ Tasa por 100,000 habitantes

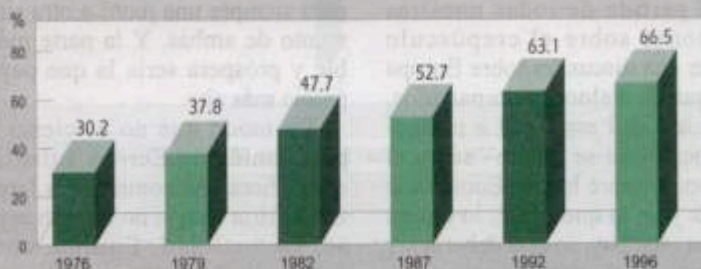
CASOS NUEVOS DE VIH/SIDA EN 1996 (HASTA EL 24 DE AGOSTO)

Factor	M	%	F	%
Homosexual	595	24.2	0	0
Bisexual	384	15.7	0	0
Heterosexual	532	21.7	133	41.0
Transfusional	52	2.1	36	11.2
Usuario de drogas IV	10	0.4	1	0.3
Otros	16	0.6	1	0.3
No determinado	867	35.3	153	47.2
Subtotal	2,456	100.0	324	100.0
Casos pediátricos	30	...	24	...
Total	2,486	...	348	...

Casos en 1995: 2,705

Total de casos acumulados: 28,580

PORCENTAJE DE MUJERES EN EDAD FÉRTIL UNIDAS QUE USAN MÉTODOS ANTICONCEPTIVOS (1976-1996)



Fuente: Secretaría de Salud, El Perfil de Salud: México 1995, 11 de septiembre de 1996.

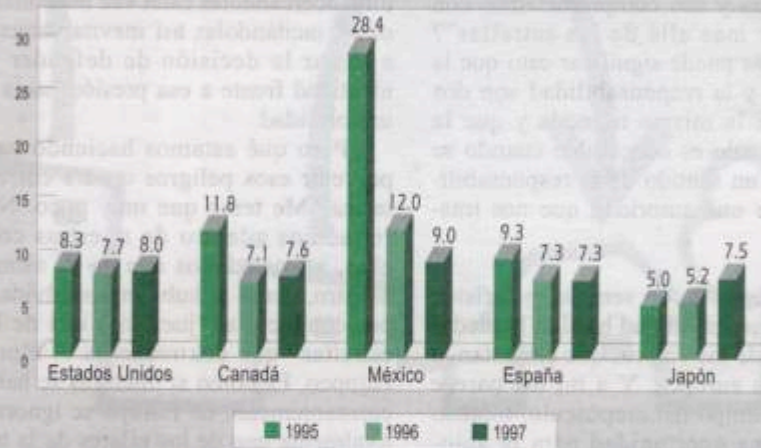
Economía
EU, Canadá, México, España, Japón

INDICADORES

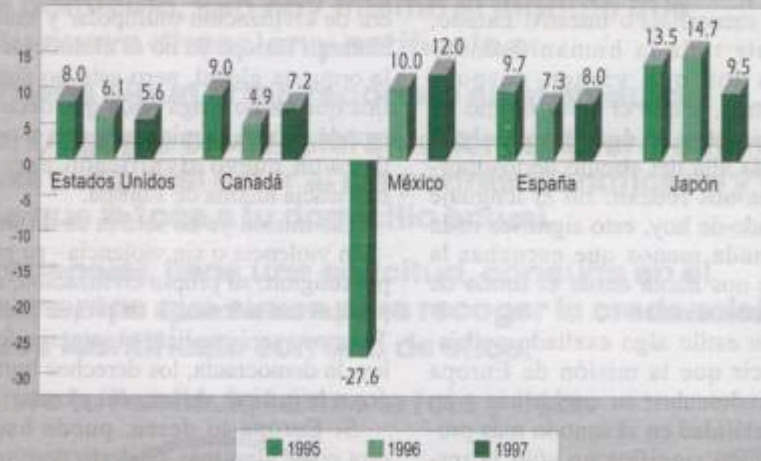
Economía

EU, Canadá, México, España, Japón

EXPORTACIONES
(VARIACIÓN PORCENTUAL ANUAL)



IMPORTACIONES
(VARIACIÓN PORCENTUAL ANUAL)



Fuente: oecd Economic Outlook, junio 1996.

